

81000

A Don Nicolás Jiménez - distinguido polí-
grafo y acertado crítico - por mi adhesión
social y administrativa.

IGNACIO LASSO

860-1(866) LASSO

L 348

g.1

Ignacio Lasso

ESCAFANDRA

POEMAS

1634-XII-50

Portada y ex-libris
de

SERGIO GUARDERAS	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
NO. 11519	AÑO 1925
PRECIO ...	DONACION.

E
D
I
T
O
R
I
A
L

E
L
A
N

0001030 - J.

Quito - Ecuador

**Propiedad del autor.
Reservados todos
los derechos
1934**

Tip. L. I. Fernández

ESCAFANDRA

POEMAS

DE

IGNACIO LASSO

DINTEL

Siempre es necesario anticipar al comienzo de un primer libro, una ligera explicación, que concrete y defina, algo que en mi concepto es fundamental: la actitud y la ubicación del autor a través de la obra.

ESCAFANDRA es ante todo, un libro profundamente sincero. Los poemas encerrados en él, no han sido sometidos a un plan para su producción. Carece pues de unanimidad y de fijeza, y por consiguiente no presenta el punto de vista único. Son expresiones graduales, que guardan un ritmo de superación dentro del proceso evolutivo de la estética personal. Difieren en la materia, en la estructura, y coinciden en el método y en la finalidad. Son poemas de distintos momentos de facción y de diversos módulos, que mantienen en medio de la múltiple técnica, una sola línea doctrinaria.

Además, ESCAFANDRA es una sucesión lírica impremeditada, con esa espontaneidad ocasional que rehuye la categoría impuesta, la limitación del objeto y el forzamiento de la sensibilidad. Se ha involucrado en la más amplia libertad del recurso. Y ha conseguido liberarse del afán y ardor vocacionales.

La ausencia de intención presta al libro una conciencia modesta y una diafanidad despreocupada del juicio de valor. Le basta al autor la emoción del «momento inspirado»: la alegría que recaba de la creación, cuando ha colmado la exigencia de una originalidad estéticamente lograda; o el dolor del hombre que ligado a una clase mayoritaria: vive, sufre y se rebela con ella.

Esta consideración esencial excluye lo demás a un plano subsidiario.

Finalmente, dedico este cuaderno de poemas: a los muchachos de mi generación, a los camaradas de ELAN, en especial a Jorge Fernández, esforzado compañero de lucha, con quien he compartido por mitades, éxito, desencanto y fatiga; alentados siempre por un mismo ideal y por una común inquietud.

Ignacio Lasso.

» Yo no tengo tanta curiosidad ni tanta
» ambición; encuentro bastante gruesa la
» superficie del mundo. Para mí, cada
» ser, cada objeto, se apoya con más fuerza
» en su color que en su esqueleto.

Jean Giraudoux.

**noche
aldeana**

Burbujeaba la sombra.
La pesadumbre de las hojas
abatióse en el viento:
era la hora de las congojas.

Ringlas de sauces
rasurados por el estío
se cegaban de polvo.

El meandro acrobático del río
pirueteaba en torno
de las piedras paráliticas
posesas de bochorno.

Perdíase en las lomas
el bucólico ranz de las vacas,
y el agrio vocerío
de un mitin de urracas,
pasó picoteando el sopor de la noche
terciada de ágiles huracanes.

Atados los perros
en los postigos del camino real,
orquestraban agorerías
para la procesión de las almas.
Habíase escapado el viento
por detrás de las palmas:
es que llegaba la media noche,
venía a pie desde la Capital.

1930

Ignacio Lasso

nueva
égloga

2

En el ombligo de la loma el sol
ponía sinapismos caniculares.
Agosto. Las ánimas del purgatorio
han debido beberse la linfa del arroyo,
arguyeron los espinos
sentados en cuclillas a la vera
con las lagartijas frioleras comadreando.
Fanfarrioso cruzó el sendero el viento
silbando detrás de una recua.
Del «chaquiñán» bajaba crecido
el sudor de la indiada:
cáudaloso río de prehistoria.
El gárrulo yambo de un motor constipado
rodó en el polvo de la carretera.
En un campo de trigo cabrilleaban las hoces.
Por los riscos la tarde abríase las venas,
las nubes solícitas enjugaban
la púrpura inundante
con sus gasas erráticas.

1930

sueño
fluvial

D
Desde lo alto del reloj
desplomóse una hora.
Huérfana de crisálidas
abatíase el alma de la lámpara.
En arrecifes de humo
encallaba la noche.

Al alféizar de la ventana abierta
puse a orear mi fiebre y mi pena.
El cielo estaba turbio;
Yo cité a una estrella
en la orilla del río,
y me perdí en los túneles
sucesivos de la tiniebla.

En el vasto corazón del bosque
coagulábase el silencio,
ansiaba ser mineral.
Como si fuesen mendigos
extendían sus manos los helechos

Repentinamente,
aprovechando la inermidad de mi carne;
me mordieron los vértigos
con sus dientes de bruma:
igual que semilla me arrojaron
en un surco de fango.
Creció entonces mi grito,

mi boca era de espuma,
y fue mi grito una granada
en la borda del viento

El abismo devino remanso,
acariciaba el agua
con su caricia húmeda,
yo estaba dúctil como un escorzo de ola.

En torno estaba el río
—renovado y sinuoso pensamiento—
tanteaban las arenas
los negros ribazos inmóviles,
y se enredaba el eterno
lamento del agua
en islotes de estrellas.

En la otra orilla
dos juncos ciegos
con anzuelos de líber
pescaban gotas de agua
desde hace mucho tiempo.

1930

acuarelas

A fuera, quiebra tirso la lluvia,
refriega el viento los tobillos del miosotis.
Y junto a los caños que se ahogan
verdean las togas de los sapos.
Los rosales tiritan
y se acurrucan al muro medrosos.
Desde el borde de los tejados,
alguna estalactita de silencio
goteca un ruido a intervalos,
las siemprevivas
espían insistentes la calle....

Cruza un «cupé»
robando kilómetros al espacio.
un perro trasnochado le persigue
jadeante, disparando alaridos.
Y van rumiando de prisa la distancia,
los tranvías - polifemos con un ojo en la frente.

El sudor de la tiniebla empaña los vidrios,
parpadean los ojos biliosos de las lámparas.
Se estremecen las cortinas
porque las roza mi pensamiento
—píncel en el cartón gris de la noche.—
Lleno de humo la estancia
para impedir que penetre el hastío.
Y así indolente escrutador
me paso pintándole al fastidio
docenas de acuarelas.

1930



el grito
de la
savia

Indio:

Hipotenusa de nuestro triángulo étnico.
Armonía de bronce bajo el medio día
abigarrado de tu poncho. Eres el reloj
de estas sierras indómitas que envejecen.
Tus ojos tantos siglos andaron errabundos,
que han perdido la noción del espacio.
En tus manos barrocas las semillas germinan,
Y bajo de tu planta milagrosa,
la tierra pintada de surcos canta
la odisea de su sangre.

Indio:

Humildoso hermano de la llama,
el guacho y la escopeta.
Te traicionó tu abuelo el arado.
Pero no importa, aún muerde la entraña
bravía, la misma congoja roja.

Indio:

Abandona tus páramos y tu soberbia.
Amanece el sol nuevo
sobre la larga pesadilla
de los recios climas feudales.
En las ciudades los años
ya llevan blusa púrpura.
No es el tiempo tu aliado?

1930

a la sombra
de la
choza

Y érguete camarada. América está en cinta!
Levanta la cabeza: custodia donde descansa
el vértice de la gran teogonía.
Yo pondré una guirnalda de verdad debajo de tu cién,
y en la mano callosa el tirso de la lanza
florecido en promesas.
Abriré las esclusas de tu alma.
Anda. Alzate. América está en cinta.

Tú que arrullas las espigas en la noche
con tu lamento agudo,
y mitigas la sed de las raíces:
aprendiste a los sapos
su vieja meteorología.
Amigo del relámpago que azota
los hidrónicos bisontes de las nubes,
cuyos belfos se posan en las charcas;
y del arco-iris que enarca el sol de Invierno,
para que pase la litera de la luna.
Te has alejado del gran rebaño.

Tu conoces el arcano de los bosques
y comprendes la estética del grillo.
Se han nutrido tus músculos hinchados
de tantas fatigas,
que ya la prehistoria se te apaga en los ojos.

Aleja la esquivez ancestral
que agota la pujanza,
suelta la esteva que sojuzga.
Has piafar al potro del progreso,
y moldea con tu lanza
las mayúsculas de una epopeya en rojo.

1930

el monarca
del país
de la niebla

Este era un príncipe nórdico
de estirpe hamletiana
pálido, brumoso, flébil.

Tenía una giralda
de esplín en la ribera
de un lago esmeralda,
y un jardín de heliotropos.

En invernaderos de ópalo
cultivaba sus penas.
Coloreaba las horas
con azul de sus ojos,
y exprimía las venas
de las violetas órficas
en los párpados rojos.

No conocía al sol
sino en su cabellera.
Bajo la cera diáfana
de su mano grácil
cualquier arte
era un proteo fácil..

Gnomos de pieles
azafranadas
con un índice en los labios,
encendían el microcielo

de los astrolabios,
y amontonaban babeles
todas las madrugadas.

El insomnio era su camarero
que al descender la sombra,
en un sótano negro
crucificaba al sueño
con tres aldabonazos.

La raza nómada
de los remordimientos
era su pueblo.
Los lamentos
acampaban fuera de las murallas
almenadas de los vientos.

Alumbraban sus vigiliass
cortejos de luciérnagas,
y escanciaban canidias
un licor de vesania.

En una jiva de la noche
bajo el dombo celeste
—detrás del monóculo de opio—
solía mirar, su poderío propio:
la parda gleba estéril,
el hambre, el dolor y la peste.

Vestía siempre de luto
su fino talle impoluto.
Era «El Delfín, Esqueleto»,
veía la vida
a través de la córnea roída.

Bajo el cuarto menguante
lecapitaba centenares de ranas
con guillotinas de diamante.

En relicarios áureos
coleccionaba canas.
Y en los muros vacíos
le las salas siniestras,
lavaba mariposas
con espinas de rosas.

Para burlar el curso de los ríos
levantaba enormes diques de basaltos.
En pebeteros de ónix
quemaba los queliceros
de crustáceos exóticos.

Y para impedir las auroras
al advenir la Primavera,
quemaba grandes flotas
de esclavos desnudos.

Cuando el Invierno
abría sus esclusas,
enmudecía el cuerno de caza
detrás de las gamuzas:
se pasaba estudiando
la brusca metempsicosis
de las flores en copos.

Para aplacar al viento
lulante en el estío,
o un nirvana cruento
sotaba a sus walkirias,
cronometrando el gotear tardío
de clepsidras sangrantes.

Por los turbios meandros
de las ciudades muertas,
alumbrados por géysers de angustia,
a lo largo de noches inciertas
paseaba su mirada mustia
El Monarca del País de la Niebla.

Una opaca invernada
sin luna en los caminos,
por rutas congeladas
en góndolas de nácar
vinieron los suspiros,
y hacia la isla
de los lotófagos,
en el lejano ponto
de los negros olvidos:
llevándose fueron
al misógino príncipe
de los ojos dormidos.

1930

Ignacio Lasso

Escafandra

juglaresa

Ignacio Lasso

Escafandra

acuarela
estival

a SERGIO GUARDERAS

9

G rímpolas de fuego flamean aún
sobre los mástiles de tu recuerdo.

El caracol de tu soberbia
aprisiona la agonía del clamor:
Juglaresa, Sulamita pervertida.

Los ojos húmedos con el color del vino,
y el pensamiento ebrio con una nube
que ensombrece la vida, garúa de ceniza.

En vano enciendo la brasa de mi carne
al rescoldo de todas las embriagueces
en medio de las cosas estoy sólo
y oscuramente blanco, soledad de la noche
que siente el abandono de su propio color
entre la indiferencia de la escarcha que llega.

Con el cordaje roto de mis nervios
querría remolear de la niebla del sueño:
tu sonrisa, tu mirada, el langor de tu talle.
Sentir tu peso ingrávito y fragante
redimido en la cruz de mi deseo.

Pero está aquello tan distante, tan lejos,
es tan remoto el azul de esos muellés brumosos,
además, fangosas e intransitables de olvido
están, las pubertades blancas de los caminos.

En el dintel de los ambientes ápteros,
te despojaste de todas las ternuras.
Ya no rezan mi nombre tus labios,
ni hay una brizna mía en la memoria tuya.

La huella de mi paso
no existe en tu palabra.
Ya no eres mía.
De todo aquello
apenas queda nada.

Ha anclado mi grito!

Habrá una sombra errátil
marginando tu vida,
y un gran remordimiento
debajo de tu sueño.
Ya no puedes volver
la mirada hacia atrás,
una jibia importuna
te enturbiará las horas.

Ardores invencibles van mordiendo
las llamas gemelas de los labios,
los ojos húmedos con el color del vino.
En la rada solitaria de la noche
enciendo aún mi carne para verte pasar.

Talvez por eso a esta hora
llena de cosas mustias,
frente al k'hol brillante
que tizna tus pupilas:
me he bebido en silencio
unos sorbos de angustia
paladeando en ginebra
tus antiguas sonrisas.

1930

a lo largo
de la noche

a ENRIQUE TERAN

10

A LO LARGO DE LA NOCHE

✓ **P**or el sendero angosto se han ido las cosechas,
en los surcos exahustos hay huelga de los grillos,
no alcanzan los helechos a peinar las acequias,
ni se ayuntan los bueyes para rumiar cansancio.

El vitriolo del sol envenena a los mirlos,
enloquecen los perros mirándose en los cubos.
Inválido está el bosque, las sierras han mordido
los árboles, no hay la misericordia de la sombra.

Indios octogenarios con arrugas de siglos
exprimen alaridos de las cañas sin jugo.
En los postigos míseros, cabezas de venado
rubrican la prosapia de la raza del yugo.

Sestean por las lomas rebaños de chozas,
las lagartijas bailan bataclán meridiano,
un asno en el barbecho da coces a las moscas;
mientras una india joven ordeña una cabuya.

Enferma los guijarros la canícula ardiente,
sudorosos y a prisa, se desnudan los árboles.
El huracán levanta babeles de polvo,
y escasea la chicha, elíxir de esta gente.



Como si sintieran frío gimotean
las hojas. Es ya entrada la noche.

Están convaleciendo las guitarras
en la pálida casuca del recodo.

Yo voy sobre el potro tordillo
con espuelas de dogma,
agitando la lonja de un silbido
en el anca del viento.

Una estrella recién nacida
se bautiza en un charco,
y bajo la alcantarilla
parece que las lenguas de vaca
hablan muy mal del tiempo.

El camino compadre
hoy asciende borracho,
zigzagueando y sin poncho.

Encima de los eucaliptos
va tosiendo el sereno
buscando quien le ortigue en el pecho,

Para abreviar a las nubes
el cielo baja hasta el vado.

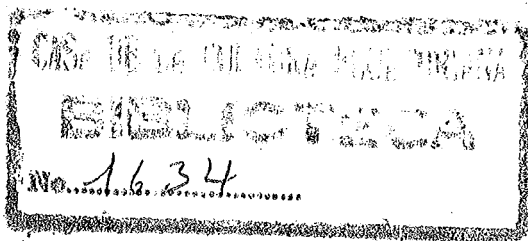
Mirando arder las fogatas,
un indio que doma eriales
muerte el frío de la noche
con la dentadura postiza
que cantaron sus abuelos.

En las puntas de los pencos
se enredan las telarañas
cazadoras de cocuyos.

Y a lo lejos la ciudad
como un hombre que se ahoga
se agarra de las colinas.

Apretando la semilla
en el puño crispado,
sigo la marcha inmóvil
de los guijarros blancos.
Voy a sembrar mi grito
en la feracidad de los campos.

1931



balumba

a BENJAMIN CARRION

El alarido rauco de la noche
desploma los decálogos,
y aturden bandadas de excesos
las antenas bamboleantes del mundo.

Ciudades tentaculares
extienden por el cielo
sus ventosas de fango.

El aire de sus repliegues turbios
desata tifones de espasmos,
enjambres de súcubos
exprimen racimos de lujuria,
rictus, crispaturas
alimentan miles de treponemas.

Las farmacias congestionadas
expenden retazos de tiempo.
La noche se arrebola,
me toman guirnaldas de silfos:
áloe, cocaína, en una niebla de berilo
un grumo de opio que azulee la sangre.

Aspirando umbelas de ensueño
trenzo la garúa pertinaz
empolvada en luceros, en besos,
en miseria y en palabras inútiles.

La alegría de la vida
en diáfanos volúmenes de luz
(han robado el copón de un tabernáculo)
acaba de pasar un niño miserable,
que ha vagado diez horas
en busca de Dios.

La sucia blasfemia de un claxon
apedrea la fina crestería del aire.
Se busca y se ofrece
manojos de larvas en billetes de banco,
loterías de esperanza,
cangilones colnados de astucia,
perfidias depreciadas:
toda una ganga de vicio ocasional.
Bajo de los cimientos
corre el hambre
hinchando las neuronas del odio,
aunque las suspicacias digan
que vivimos el mejor de los mundos
y aunque se mutile
el porfiado retoñar de la justicia.

Que hacer
con este pozo de sangre proletaria
próximo a incendiarse?

Traqueteo de taxis,
oleadas oscuras de hombres
y el pensamiento disperso
por débiles rutas de acción.

Las sombras se deshojan.
Podemos ir a la vieja Thulé.
Los hosteleros duermen
acariciando el jornal de los pobres.
Hay cuánta cosa ínfima
agrandada de noche!

A esta hora afiebrada,
entre muros hostiles
lejos de mis metáforas,
en una casa horrible
arañada de gritos,
cabe la fiesta eterna
de los meteoros:
el sueño de Gladys,
su tranquila desnudez de cariátide,
sus pupilas salpicadas de relente,
y su rubio toisón de oro.

Gladys, su escorzo se fuga de la noche,
la ciudad se difumina.
El desprecio ha talado
un extenso bosque de súplicas.

El mismo barro del diluvio
sigue amasando el mundo.

1931

rompimiento

Un mimetismo irritante persiste en ocultar
los nuevos valores que cobran las palabras;
en el oro empurpurado de la pluma
—el ideario burgués - crepita sus bengalas.

La muerte se agazapa en las vísceras,
hay que salvar las rachas del miedo
para domesticar los Estados del mundo.
En la hoja de papel se derrumba la noche.

Lubrificadas de cansancio
el vaivén de las bielas,
y el rotar de los ágonos:
perfume del ozono.
Avalanchas de hombres
están echando abajo
los diques del salario.
Se estrangulan las grúas.

Las arist.s se quiebran
sobre planos sombríos.
El sueño hace de lazarillo del crimen,
hay tantos miserables
con hielo en las pupilas
atizando la cólera.
Por las calles lastimadas de luces
no sabe que morder el aullar de los perros.

En los tubos de las chimeneas
cuelgan sus nidos las horas.

Un repentino esguince
ha tajado el silencio,
en el filo del viento
sonambulea un tango:
voluptuosidad sincopada,
mi cuerpo elástico
ensamblado de ritmos,
ondulará en el sueño
de siete coribantes.

Debajo de los párpados
el hambre y el amor
se han vencido.

En las vértebras de hierro de los bancos
se alarga la médula del mundo.

Por aleccionar a los sótanos
acerca de las huelgas futuras
un poeta marxista
quedóse a la intemperie.
Los instintos, los perros y los guardias
parcelan el enorme latifundio de la noche.
Alamedas pavoridas agrietan la distancia
salpicada de turbios gritos de amenaza.
Relámpagos crudos rezuman las rendijas:
en la hoja de papel se derrumba la noche.

1931

abandono

Lucy! caricias enrarecidas,
sus blancas morbideces
de mis manos transidas desenreda,
la admonición helada de la niebla.
Es un «blue» que persiste
cribando mi frágil tabor de deseo.

El coraje y el ansia
esmerilan mi grito: Lucy!
toda su desnudez se fuga
a lo largo de la calle.

Sobre el dédalo negro
lamido de humaredas espesas,
un jadeo de saxófonos ebrios.

Acaba de atropellar un automóvil
el sueño de un policía dormido.
Y cruza un mendigo
llevando un hijo muerto
en su mirada inmóvil.....
Secretean las ganzúas
en el oído sordo de las cerraduras.

Lucy. Chapotea en el lodo
el guijarro encendido
de mi requerimiento
contagiado por la cobardía
de un escaso farol trémulo.



Ya estoy sólo, borracho como un vértigo,
insultado por los burgueses del mundo,
saludando la erecta vejez de los postes.
Desalmidona la lluvia mi pechera
y como si fuera un árbol
me sube la humedad de la tierra.

Lucy! entre la marejada de humo
la estalactita del ruego
no ha podido durar un segundo,
la ha fragmentado
la oscura rabia de los ojos.

Valvas de sufrimiento
se han abierto en mi risa:
son cinco mil azotes de abandono.

La envidia crepita
en la palabra única:
Lucy! Lucy!
sólo regresa el bofetón del eco.
Nadie, nada.

Una rata azorada acaba de cruzar
por la vitrina rota del silencio.
Con el Caballero de las Tres Sortijas,
mi griseta canalla se ha fugado
por el último túnel de la noche.

1931

pesadumbre

No sé por qué, he vuelto a ponerme muy triste,
a mirar el mundo con ojos de huérfano
acurrucado en medio de desconciertos.

En el piano ya no suenan dos teclas.
Los zapatos, los libros y los sueños están viejos.
Las menudas ambiciones
embarcaron en un tren que ha descarrilado.

He mirado muy largo el gesto de las cosas
manchadas de sufrimiento, llenas de arrugas.

Yo no sé que le pasa
a la luz de este foco
y al somier de esta cama:
se enmohecieron de ausencia.
Al fondo de las cómodas
la soledad ha puesto larvas.

Tres veces me he mirado en el espejo roto,
para ver que me dicen mis mismos ojos.
Hoy he descubierto,
que intentaron decirme que estaba loco.

Tres veces me he asomado a la ventana,
y ya no puedo sentir la ilusión de las calles,
los alegres enjambres
o los sombríos tropeles de los pobres.

La helada me ha hecho más daño
que a un arbusto,
congelando ese hilillo de agua
que de lejos buscaba mi silencio.

Y ya cristalizada mi savia
no me importa saber en que forma
germinarán las posibilidades de los otros.

Este clima muy frío y recluso,
este tiempo sin sol y sin lluvias
convalece las cosas íntimas.

Quizá por eso, en este cuarto,
huésped de tantos vientos,
refugio de crisálidas:
me he pasado levantando las tablas del piso,
buscando las monedas y los broches perdidos.

1931

fiebre

El miedo se engarabita
en azogadas sinusoides.
Contorsión de neuronas,
tiniebla involucrada,
relieves mitológicos.

La soledad torva, hostil,
buscando interponerse,
intentando cuarcificar el aire.

Al fondo de la luna bruñida
están muertos de brillo los ojos,
en un reflejo vago, aguas marinas,
algas pardas, aeendrado cobalto;
intolerancia del movimiento.

Cuantos siglos esclavos del sudor
desgarrándose en el eje del mundo,
aspiración ecuménica, de pronto,
sorprendida a sí misma,
arrumbando la pesadez de los párpados
tocados de un desaliento oscuro.

Sobre el mismo panorama
—la opresión de los horizontes—
la visual cruda, filosa
huérfana de esguinces.

Alas, alas encendidas,
las sienes golpean los muros;
vibraciones elásticas
de onda reversible.
La sangre, la sangre,
dubitación roja, ruido.

Se cae del cenit
la combustión lejana;
descenso de astros.

Aquí está la sed,
la sed quiere gritar,
que su clamor traspase los trópicos,
punteados en su linde por gruesas hileras
de gelatinosos pólipos,
suspendido en la cresta del tifón,
viajando hacia litorales punzantes,
quebrando en arcos ínfimos
la unidad metafísica de la ola.

Acantilados árticos,
glaciares biselados,
rielar de tanta
geometría de nieve.
No es bastante todo
el hielo del polo.

Pulso. Grillos de fiebre.
La incertidumbre
es la bacteria oculta
en el granizo de los frascos.

La fiebre! Dónde está la fiebre?
Es que anda en el reloj la fiebre?
Yo quiero ver la fiebre con mis ojos opacos.

1931

retorno

Arrojando interrogantes
a granel en los balcones
me he pasado buscando
mis «primeros versos».

Llevaba la tarde
prendida en la solapa.

Pasó de pronto un hombre
dejando entrever
a través de su sonrisa
los pulmones picados.

La distancia acosada
se quejaba en los timbres,
en los zapatos,
y en el aullido de los claxons.

El canto de las aves
domésticas decapitadas
regábase en el aire,
en los pisos de los hospitales,
en las heridas de yeso de los cristos.

En las cocinas burguesas
hacínábanse pilas
de grandes corazones vejetales.

La mujer de los linos,
que solía sonreírme
junto a la llave de agua:
una mariposa roja
llevaba adherida
a sus labios verdaderos.

Busqué el minuto antiguo—
—sabía que era inútil buscarlo—
en los relojes de las torres,
y el retoño del primer beso
en una flora de carcajadas.

Subido a los árboles,
asomado a las ventanas,
vejetando en las salas
tercas de la biblioteca,
en el écran de los cines,
en los mercados del amor:
en todas partes
he buscado tu sonrisa
y el sabor de angustia
que me ofreció tu boca.

No apareces en esos lugares,
pero estás íntegra
en los poemas escritos
al envés de los programas.

1932

angustia

L a noche fue abandonando el cierzo
en zanjas, espinos y juncales.
Las hormigas olvidaron el cielo.

Llovizna un olvido en las cosas,
han perdido la memoria los pájaros;
no hay la encrucijada propicia
donde se siente a recordar el tiempo.

Sólo los ríos siguen cantando
largas letanías de morenas.

Un gran viento nos empuja a los valles,
agrieta el más duro pedestal de piedra
y nos hace rodar por la pendiente,
ya no podemos ser simples, ni voluntariosos.

El hierro de las ciudades nos aplasta,
nos desplazan engranajes de lucha.
Pensamos con el cerebro de los fuertes,
vivimos con el hambre de los débiles.

Un sedimento de fatiga y cólera volcánica
arrastran los deshielos de las montañas
Buscamos el eco por los campos helados,
entre sordas indiadadas y moles nevadas.
Están mudos los cráteres, abatida la tierra:
un grito enraiza - muy hondo - en las gargantas.

1932

junto
al río

Las lavanderas
enjuagan y orean
sus vidas en el río:
han dejado correr
sus destinos en él.

El río baja precipitado
erismando los músculos,
trajina en los molinos
y mueve las turbinas,
canta en los acueductos,
se hace nube, plasma, luz.
Muchas horas trabaja,
trabaja en exceso el río.

Río proletario,
río moreno
bajo la dura
tiranía del puente.

Yo te anuncio
que se acerca
el gran turbión
y hay un desplome
en la mampostería.

Al lamer los sillares
se riza, se encrina,
se subleva su pequeñez,
comprende mi apóstrofe.

Espumas, espumas!
las ropas lavadas
blanquean las matas.

El jabón protesta,
resbala y se fuga
de las manos lavanderas,
que absuelven impurezas
de centenar de lienzos.

El sol es el patrón del río
se bebe su sudor, le causa,
le explota, le tuesta la piel.

Las ciudades le humillan,
le arrojan los deshechos.

Le lastiman los campos
haciéndole sangrías.

Todos ponen a prueba
su caudal de paciencia.

Al pasar por la vega
acaricia los tobillos
de las mujeres feas.
El río es el único marido
de algunas lavanderas.

Muchas veces
yo he bañado mis ansias
en la angustia del río,
y acrecemos así juntos
una misma esperanza.

Río viril!
obrero de torso membrudo:
Tú no pides
«las ocho horas de trabajo».

1932

gloria

Un cielo de langostas
amaneció a los ojos.

En vano había inventado
una capsiosa ironía,
y las parvas de metáforas
y esos dulzores agrios
—cada día—devorados con hambre.

De tanta frutecencia alegre,
apenas quedaban gusanos,
hormigas implacables.

Entusiasmo, ahorro penoso de años
arrojado de súbito a la basura,
bajo la perspectiva lúbrica
de aquello que en un tiempo de lágrimas:
fué un bello sueño, una pobre codicia.

Quién podía prever?
Así. Pisoteado por infames risotadas,
por zapatos lustrados con sudores de sangre.
Burlado, bajo lo inaccesible,
lo que poda cruelmente
cada nuevo retoño de ansias.

Sin poder acercarse al rescoldo,
a pesar de tanta levadura afectiva:
ese rescoldo encendido, frenético
auscultado de envidias,
que puso a la vigilia
tan profundas ojeras;
que acaba de frustrar
un estímulo todopoderoso:
aquél que pedía arder
el óleo nuevo de la tierra
ensangrentada de mansedumbres.

Quién podía contener esta herida,
sujetarla, combatirla
suprimiéndola sin protesta, ni lamento?
De dónde fué que vino la agresión?
Camaradas, camaradas dónde están
vuestros bíceps innumerables?

Imposible.
Nadie podía leer el sufrimiento
en el bello purpúreo de la fiera vencida,
ni tampoco en el escarnio de sus ojos....

Subía y se agolpaba la vida
y en esa instancia maldita
crecía y le aplastaba.

Pero existía todo ésto?

En realidad, sólo existía:
la estupidez agresiva,
el desprecio del confort,
la tangencia de robustas fruiciones.

Desposeído e inhábil.

No obstante,

podía ser por lo menos dueño de su locura,
embutiendo los rincónes del aire
con la intensidad de ese nombre terrible,
pegado al oído de los transeuntes,
que lo aprendan las loras y los gramófonos,
que estimule la incipiente voluptuosa de los niños,
que se solacen los reptiles
con las procasidades que suscita,
que lo repita la fisga del eco,
que la noche lo exhiba en los anuncios
y lo ponga de etiqueta a sus vicios.

Inútil.

Cuántas de estas palabras impotentes,
interferidas por las gotas de un llanto milenario
habrán de crecer la humedad del silencio.
Una absurda piroteenia de amor
ha calcinado las arterias:
sin destino y sin cauce el deseo camina.

1933

elsie

Por una ruta en llamas tenté llegar a tus ojos.
Había deshojado el aire un oscuro aliento tenaz,
marejadas de angustias se agolpaban, pugnaban
en ese pequeño resquicio de la memoria:
donde logré encontrar entre buídos riesgos,
intacta y desnuda, tu primera mirada.
Yo estaba transido de miserias ajenas,
no sabía en que suelo hundir hondo las raíces.
Mis veinte años envejecidos
con una luenga barba crecida en llantos filiales.
Mi voz enredada en húmedos musgos de yaravíes:
era el sembrío de sudores quemados,
era la acequia que no le dieron agua,
era el mueble sin techo
y el hombre sin trabajo.
Encontrándome en tus ojos, olvidé que buscaba
—como tantos—la esperanza en salarios.
Dos días no he pintado con mi sangre carteles,
no está la multitud caminando en mi voz;
no obstante, tu nombre entorcha los lábaros rojos,
y se alinean por detrás de tu huella:
horizontes de indiadas,
altas nubes de truenos en los pechos.
Elsie! por una ruta de sangre he llegado a tus ojos.

1932

los ciegos

En los bosques ruinosos de la noche
crecía una madrugada de líquenes.

Iban. Muy adentro de sus cansancios
encontraron empalizadas de mónadas.
Buscando el contorno a los senderos,
trizando las formas de las cosas,
siguiendo orillas de evanescencias,
por entre la libido desvelada.

En sus nervios resbalaban
orugas de inopia,
sentían lloviznar
al frío de la luna en sus párpados.
Persiguiendo la fuga de superficies y voces,
al voltear las aristas del tiempo:
despedazaron su indumentaria de esperanza,
por eso visten -a medias- longevidad de barapos.

En sus báculos se enroscó la distancia.
Y la desenrollan acuciosos
cuando hipa el cielo de Invierno;
para vendarse las grietas
que en sus pies calzados de rigores
abrió la maldad de las guijas.

La madurez de la hora
pone prisa en la calle.
La noche va empujando
tres tinieblas idénticas.
Y el sábado, que es un señor cristiano
les recibe a los ciegos
con sus dulces charangas
y el chasquido de un centavo de cobre.

Sus humildades—acribillados guiñapos—
caminan muy despacio a mi lado:
ellas no han visto
los actuales panoramas de la angustia,
pero en cambio presienten
el color del futuro.

Por eso en las más desesperadas noches
ellos traen al arrabal
la madrugada de sus ojos.

1932

cumpleaños ?

Entonces, yo ansiaba en pleno vuelo
vacaciones de golondrinas risueñas,
estanques ensimismados de luceros
y canciones náufragas en los trigales.

Con un cerebro atiborrado de estudiante,
no me preocupaba
la minuciosa osteología de los álamos.
Era muy terco con la flor del cedro.
Era duro
repasando caravanas de envidia
con la misma enfermedad de las dunas
en interminables estepas de plomo.

Toda buena promesa
acababa marchitándose en los libros,
deshilada en el vestido
o hecha migaja en la faltriquera.
Las nueces que agitaba
carecían de almendra
y los haces de leña
sacrificados a la voracidad del fuego
no pudieron desentumecer la soledad.

Sin embargo sabía medir con mi risa
el intervalo entre un sueño y una necesidad.
No tenía certidumbre!

Hoy que ya he aprendido el valor normal
de las cosas más caras de la vida:
quisiera tener un momento de claveles,
tropezar al acaso con esa sonrisa
y ese gesto suave que tanto codiciaba,
usufructuar un pequeño jardín heterogéneo.

Inscribir mi cumpleaños con el dedo
en cada una de las volutas
con que el huracán se apasiona.

Pero no me es posible!
Me hace falta la alegría de la carrera,
soy un extraño en este país de cometas
donde el césped expulsa mi color del paisaje.

1932

agro

L a tarde—forastera venida a las faenas—
detiene su camino, y se queda admirando
como una niña ciega, enhebra en la aguja
una última hilacha de sol.

Una moza que pasa, un instante reclina
su mirada más dulce encima de mi canto,
y se va presurosa sintiendo que la noche
desciende paso a paso
la grada en caracol del huracán;
hacia el río, que de flaco y enfermo, el pobre
ya no puede levantar ni una piedra.

De una simple migaja de tristeza,
le ha nacido al crepúsculo tanta golondrina;
que no sabe cómo educar el vuelo del ángelus,
ni distribuir la luz de las estrellas.

En el atril de los pájaros
se ha dormido la música,
y como ha llegado la luna vendedora de espejos,
el campo le enseña toda su musculatura.

1933

nómada

Con elasticidad simpática
distendió el viento la última palabra,
un murmullo de briznas insinuó
un ligero temblor en el aire.
En la gran avidez de la niebla
que todo lo devora:
terminaba de dispersar un idioma imposible.

Debí haber detenido el descollaje
de esa humareda inevitable,
en gruesos grumos, que a la postre
hace saltar las más profundas lágrimas.
Pero era demasiado tarde!
todos los rumbos anudábanse ya,
a la garganta del único túnel,
que acababa de desangrarse a la curiosidad del mundo.

Fue preciso un pleamar de pronto
—las riberas sabrían utilizar
el exceso posible de conchas—
había sufrido tantas resacas
para tener tiempo de coleccionar, uno a uno, los gozos.

La prisa de la sangre
cansóse de buscar las células sagaces,
aquellas que fabrican
los más hermosos métodos del éxito.
Vivía a la³intemperie de los climas sórdidos,

nómada,
desovillando la voz en la distancia
no había encontrado aún,
la zona propicia capaz de condensar
un mundo de pequeños alientos.

Cuántas heridas en el perfil de las cosas.
Por querer topar con yemas reales
la cal íntima de los huesos,
lastimé mi sensorio contra las periferias.
Y náufrago del número,
alerta,
con los pulmones macerados de gritos
izé mi fe, entre los bosques humanos.

Pero las memorias
encegándose en llamas de magnesio
se agitaban horriblemente sordas.

Hoy estoy divorciado de las conductas claras
que cuidan refractar su falsa luz unánime:
nómada
con la más dulce barbarie a solas.

1933

Ignacio Lasso

Escafandra

a JAIME TORRES BODET

mireille

25

I

Era en la más pura adolescencia del paisaje
el equinoccio de aquel sueño.
Un extraño langor pervertía la acuidad de sus pliegues,
trepaban por la sombra surtidores de música,
yedras de una sustancia más feliz que el silencio.
Una luz tamizada por membranas de agua,
erigía delgadas columnas inefables.
Arrugados heliotropos de aire
devengaban menudo polen de ausencias.
Y de no poder regresar la mirada
se endurecía el tiempo,
fossilizando
domesticadas faunas de recuerdos.

Era un mundo que había olvidado la superficie
sin lograr recordarme, ni uno sólo de sus teoremas.

II

La posible sorpresa de un otoño
nos encalabrínaba más allá de las brumas
—donde la caricia despaciosa
florece en innumerables ecos—
Y no se sabía
en cual fronda, la más remota del viento:
fue que pudo agostarse la promesa del sonido

Se maclaban las cosas más distantes.
Tú misma no eras sino:
la inefable sonrisa abstracta
que logramos de pronto percibir,
en la corola inédita de una flor
cultivada en la melancolía de una sonata

III

Salí en tu busca por todos los colores
y por todas las latitudes del perfume;
hacia el fondo,
en la marea de esas músicas húmedas
donde las algas agitan apenas
—en trémolos tiernos—
la vehemencia de su clorofila,
donde las valvas nacaradas de las lunas
ofrecen alegres dehiscencias de besos.

Pero, tú, aún no estabas;
ni tu mirada azul, ni el reflejo de tu mirada.
Sólo una leve brisa de oboes
bemolada por frecuencias de escarcha,
predecía tu presencia
entre un coro de neúfares esbeltos.

Yo ansiaba detener el aire, y la intención del aire.
No dejar extraviar ni una pausa
de ese lenguaje, amado solamente en los sueños.
Pero no era bastante,
el deshielo de mi imagen en el espejo,
para justificar esa perseverancia de río
dispuesta a sufrir el pavor de las cascadas
por llegar a vivir su inquietud en tus ojos.

IV

Tu voz y mi voz
flotaban en un oleaje indúctil.
Ya no podrían llegar
los orfeones pertinaces de las esclavitudes.
Eramos más sólo y más libres
que Robinsón en su isla,
estábamos aptos
para supervivir un diluvio.

Es que habíamos descubierto al fin
sobre una extensa madrepora de risas,
el anillo de un «athol» hospitalario.

Tú no creías
en el ángel que inventó el relámpago,
ni tampoco en aquel tribunal de fantasmas
encanecidos en el silogismo;
sin embargo
te gustaba vestir una tristeza indefinible,
te apenaban esos seres nacidos del capricho de una hada
y sufrías por la vejez de las hermosas palabras.

A veces me embargaba un gran miedo.
No hubiera querido perderte, era tan flaco mi aliento,
temía la traición de tu nombre civilizado,
que talvez pudiese fomentar
la fastuosa embriaguez de un nabab
o el tacto de un acuñador de monedas.



Como quiera hemos sido tan dichosos
y tan diáfanos,
una hora inapreciable y sin un sólo desvelo
en el mejor meridiano de los sueños.

Frente a las ramas del delta que desemboca mi gozo
el sol y todos los sentidos abiertos.

1933

baedecker

Oye, pensamiento, cómo anda el sol en el calor y en el color,
un paso fatigado que codicia la oclusión de las nubes,
baja por la suave gradiente, resbala, va detrás de su sombra.
Viento adventicio, laborioso fabricante de insectos,
entre las flores de papel obstinas un reclamo de polen;
te traes al silencio con las pestañas blancas,
y luego:
vas hurtando mi canto—jovial y solapado—¿hacia qué sitio?

Aquí está el primer hueso—dura tranquilidad—
donde empezó a vivir mi muerte,
¿tocáis?
podéis intentar exprimirlo como una esponja,
os lo consiento:
conocer la magnitud de su deseo atropellado de diafanidad,
no pudo lograr consistencia, ni aprisionarse,
no quiso alimentar a un canario con su sangre envenenada;
y por una jaula superflua de cabellos dorados
estuvo a punto de romperle a un ángel el ala.

Pero, ved cómo se aglutina el estiércol de los más bellos pájaros
justamente a la entrada de las hormigas,
y en el lugar preciso donde un pobre caracol halló su tumba.

Admirad también, cómo el trébol afortunado
que alentar no pudo todo el desvelo de la Primavera,
con que facilidad va creciendo sus hojas en mi pulso.

Yo que he oído y oigo aún
un acervo ruido de entrañas
darrumbándose de este mundo
por la fractura de una caja de acero:
puedo apreciar barajando copiosos escrúpulos,
la agonía de una simple justicia
que aspiraba tan sólo a ser equitativa.

Mirad por el ojo de la linterna sorda
y descubrid este invierno que nieva
sobre los hombros de mi pijama usual,
cardada entre dos sueños,
por el travieso espino del más pequeño duende.

A pesar de todo, se hace necesario
que cada cual reconozca a lo suyo
en lo mejor de la distancia:
y así, mi madre—con suave y tierna diligencia—
ha enredado algo más de la mitad de la noche
a la bobina de su máquina de coser.
Y así, por una esquina de la luz que cree no ser luz,
sin que nadie sospeche
está predisponiéndose mi sonrisa de pródigo
en el gozo dentífrico
con que sueña el cepillo de dientes.

Ahora comprendo cómo es de dulce
la rabia de la turbonada,
que no cae en cuenta que es ella
la que enciende de vehemencia a los delfines.
Pero, olvidemos la nostalgia de la última haña.

Busco a alguien, que esté dispuesto conmigo:
a enclavar un abejorro en la magnificencia
de una puesta de sol,
a saltar en esquíes por sobre la perfidia,
y a reír sin fin con los crisantemos más amarillos,
que a cada compás de tiempo—sin inmutarse—
sienten haber perdido un inolvidable pétalo.

1933

penélope

I

Si. Aquí estás, Tú, de nuevo
siempre de regreso a mi linde
y sin una sola
contingencia que yo no sepa:
imprescriptible eco,
calculado vaivén,
insistencia porfiada del agua en el rompeolas.

Cómo sabes repetir sin que falte una nota
esa frase de teclas hundidas en el recuerdo
por la intromisión de una mano enjovada y sin tino.
Y cómo te afanas por levantar aún, arco—iris exánime
en el clavicordio de los días lluviosos.

Asesorando lo que juzgas probable,
mides mi envergadura crecida en el tiempo.
Y cultivas—en calor de cautela—esa gota de acíbar,
que sin rémora
precipita el último de tus deseos.
Y cada día encuentras una pena secreta
relajando el metal de tu mirada.

Oh! alegría del agua sin ribera,
ni aluvión,
segura de su propia refrangencia

que conoce esa sed de memoria
que atormenta a los lotos.....

II

Si, vienes como la angustia
buscando el cátodo de mi voz en la garganta;
hago que coloques tu dedo sobre la punta del corazón,
pero no eres capaz de mirarme a los ojos.

Pruebas hacer reverberar mi sangre;
confías en que has sido—insufrible prurito—
el ámbar prehistórico de mi olfato
y la supervivencia de la tela a la araña;
intentas hurtarme la sal del aliento
y la levadura ponderada y sin precio;
quieres llenar la intemperie
con tu luz de pequeña luciérnaga,
y embargarte al olvido
como la meteorita
que mudando sin cesar el matiz
tiene fé que interpreta la clave de la atmósfera.

Pero tu empeño es un musgo en la roca,
y una brisa en el tornado
y una burbuja en el mar.

Sólo Ulises podría indicarte
la ruta en que no están mis ansias
y el sitio en que quedó todo un lastre de ausencias.

III

Y me muestras
hacia el fondo de un día suspenso,
que casi tiene la borrosa textura de un sueño:

nuestras pubertades incluídas en desazones hondas,
infloreceer de tanta sonrisa humilde
que como un risueño encaje
de dulzura y de gracia,
hacía la más hermosa flor de tu vestido pobre.
Y la saudade ojivando la ilusión en los ojos,
y ese beso furtivo
que acabó por dispersar en un segundo,
un cerco de curiosas y tímidas gacelas;
y esa muchedumbre de amapolas avergonzadas
de no poder ofrecer al céfiro un perfume.
Cómo mis oboes recogían el sabor de tus lágrimas,
para que, pegado el oído al rielar de la luna:
el silencio oiga nuestro silencio
desglosando, hoja por hoja, la armonía del mundo.
Qué lejana es la luz de esta boya a la deriva!...

IV

Pero en vano quemas tus naves
y me envías mensajes de albatrós
reviviscencia inútil;
y te obstinas en explorar un espacio sin huella,
y en devolverme la brújula perdida
engañando a los minutos crueles
con tu tela de pátinas costosas.

Ya nadie osará romper mi célula de vidrio:
ni la ambición de las perlas vivas,
ni los dragones tenaces,
ni las sirenas ágiles.

En el cimiento del agua está mi mundo
—raíz de claridad—
entre los incansables argonautas

que circunvalan su propia soledad,
en el trato suave de las medusas,
junto a la frescura del coral desnudo
y abierto en abanicos gráciles.



Penélope! cegad las estelas,
destruid mi arco,
envenenad mis flechas,
y no esperéis nunca el regreso de jarcias rotas:
¡Simbad no volverá con ningún viento!

1933

clamor

a DIOGENES PAREDES,
pintor proletario.

Y a llega—se oye!—la euforia de los campos
bloqueados por el cielo:
está cayendo una helada implacable
sobre el bosque arterial de millares de hombres,
infierno de gargantas ardidas,
sequía..... hambre!

No hay trabajo, ni moneda, ni pan, ni Dios.

Y todavía, el mismo sol amarillo
gobernando a los trigales muertos,
a la angustia de los obreros sin sustento,
a la vergüenza de las mujeres prostituídas,
a la tuberculosis ocre de los niños,
y al gran bramido tenso de las comunas
atrincheradas detrás de los cercos
para la cosecha india de la Revolución.

Pero, el sol muere cada día
y en cada armisticio con la sombra
va perdiendo un amperio.

Y asimismo cada noche en la oscuridad del barro,
germina el silencio de una semilla ávida.

Hay, pues, que estar prestos para la lucha!
porque los huracanes bajados de los páramos
sitiarán un día a las ciudades:

a las ciudades atestadas de mercados infames
que trafican la energía vital de los pobres;
a las ciudades erigidas con cemento de lucro,
a las ciudades podridas de ocio
con jardines raquíticos, vidrios temerosos,

con las calles cundidas de ametralladoras,
y de hombres uniformados con un salario de odio.
Ya llega—se oye—la euforia de los campos!

1933

I N D I C E

<i>Dintel</i>	1
<i>noche aldeana</i>	2
<i>nueva égloga</i>	3
<i>sueño fluvial</i>	4
<i>acuarelas</i>	5
<i>el grito de la savia</i>	6
<i>a la sombra de la choza</i>	7
<i>el monarca del país de la niebla</i>	8
<i>juglaresa</i>	9
<i>acuarela estival</i>	10
✓ <i>a lo largo de la noche</i>	11
<i>balumba</i>	12
<i>rompimiento</i>	13
<i>abandono</i>	14
<i>pesadumbre</i>	15
<i>fiebre</i>	16
<i>retorno</i>	17
✓ <i>angustia</i>	18
<i>junto al río</i>	19
<i>gloria</i>	20
<i>elsie</i>	21
<i>los ciegos</i>	22
<i>cumpleaños</i>	23
✓ <i>agro</i>	24
<i>nómada</i>	25
<i>mireille</i>	26
<i>baedeker</i>	27
<i>penélope</i>	28
<i>clamor</i>	28

Acabóse de imprimir este libro, el
1º de Febrero de 1934, en la im-
prenta de Leopoldo I. Fernández.
Quito, Ecuador S. A.